

UN VIAJE CON ANGIE LIVINGSTONE

José Luis Cabrera Ortiz

Nada hubo de singular en la forma en que Angie Livingstone, conocida como la reina de la mostaza, me contrató como secretario. Respondí a un anuncio, que sólo requería juventud y varios idiomas, y mantuve una entrevista con una inexpresiva secretaria. El trabajo, magníficamente remunerado, consistía en acompañar a la multimillonaria en un viaje por Europa y África. La conversación concluyó con el plazo de una semana para memorizar un manual de protocolo.

No conocí a mi adinerada jefa hasta la víspera de nuestra partida; un coche, primero, y luego un helicóptero me trasladaron a una mansión en Newport. Todo el mundo sabe cómo son esas casas: kilómetros y kilómetros de terreno y enormes edificios con ese desmedido afán por el lujo de mis compatriotas más ricos. En ésta todo era desmesurado: la escalinata, el porche con columnas clásicas, y una decoración interior entre medieval y renacentista que, sin venir a cuento con la fachada, era más valiosa que el contenido de muchos museos. Sin saber muy bien qué esperaban de mí, me sentí perdido en aquella multitud distendida y enjoyada. Angie Livingstone vino a rescatarme, la reconocí por sus fotos en la prensa: labios a lo Jean Harlow, pelo rubio, conservaba cierto atractivo a sus cincuenta y tantos años. Me habló como si me conociera y, del brazo, me paseó como una nueva adquisición ante la mejor sociedad: los Vanderbilt, los Du Pont de Nemours, los Astor. Comprendí que Angie Livingstone no necesitaba ningún secretario, simplemente le divertían ciertos experimentos con jóvenes modestos como yo.

Al día siguiente embarcamos hacia una mítica ciudad, Tánger, de la que yo tenía la falsa visión de una película. En el barco corroboré que las condiciones de mi contrato comprendían algo más que contestar cartas o presentar pasaportes; tampoco me sorprendió en exceso en una mujer que coleccionaba maridos y amantes.

Tánger parecía una media luna blanca y deslumbrante sobre la bahía. Angie me explicó que, desde la independencia de Marruecos y la pérdida del status in-

ternacional de la ciudad, su vida social había decaído. No obstante estábamos en 1961 y aún no se había completado la desbandada de la variopinta colonia extranjera.

La casa de la familia Livingstone resultaba majestuosa y no tan extravagante como los delirios de Long Island. La servidumbre marroquí era muy atenta, y el mobiliario mezclaba bellas piezas realizadas por artesanos locales con antigüedades francesas.

A los dos días, Angie organizó una fiesta en la que conocí a más celebridades. Acudieron Barbara Hutton, la dueña de la cadena Woolworth, que despilfarraba sin descanso su fortuna, y Mona Bismarck, más prudente con la suya. Pequeñas mesas para la cena se repartían por el exuberante jardín iluminado con antorchas. Me correspondió compartir la mía con el desagradable *playboy* Baby Pignatari, con la fascinante Jane Bowles, que midió mi ingenio con unas preguntas sorprendentes, con Francine Weisweiler, sofisticada mujer que nos contagió su admiración por Jean Cocteau, y con uno de los caídos de la Mehal-la, con la blanca chilaba adornada por una condecoración española, a quien Angie había invitado como nota exótica. Yo me acostumbraba rápidamente a aquel mundo de frivolidad, refinamiento y dinero.

Mis sentimientos hacia Angie Livingstone eran contradictorios: por un lado le debía todo aquello, por otro estropeaba mi curiosidad por esas cosas apasionantes destruyéndolas con su verbo irónico y, a veces, lacerante.

Evité resultarle aburrido, y me dediqué a dar solitarios paseos mientras ella dormía o se probaba sombreros. Me levantaba temprano y, tras un té en el Café de París, recorría la ciudad, deambulaba por el barrio musulmán o entre las casas coloniales españolas, me sentaba en los cafetines moros, me introducía en mansiones art-decò abandonadas o probaba la fruta en los mercados.

A la vuelta encontraba a Angie bebiendo *martinis* y preparándose para la fiesta a la que debíamos acudir cada noche. Se desesperaba si no había encontrado algún semanario estadounidense, y yo no comprendía su necesidad de alejarse de América para seguir dependiendo de sus revistas y sus números telefónicos.

Traté de captar la esencia de la ciudad: no era occidental ni árabe, tampoco era una mezcla de culturas. Era simplemente Tánger, un fenómeno aislado que dependía de la voluntad deliberada de todos sus habitantes. Pronto empecé a obsesionarme, nadie trabajaba y la ciudad me parecía una gigantesca farsa, una obra de teatro con actores principales y secundarios; la propia Angie, con sus maquillajes y sus clips de diamantes, resultaba un personaje hueco.

Temí volver a mis crisis obsesivas. Afortunadamente, Angie ideó una excursión para comprar ropa en Casablanca. Como detestaba los aviones, este viaje en automóvil resultaba menos complicado que volar a París. Ambas ciudades, por aquel entonces, eran más o menos lo mismo. Casablanca, la más europea de las capitales norteafricanas, no me pareció un decorado. Los franceses habían elabo-

rado una arquitectura colonial característica, con edificios sobrios y modernos, algunos con una decoración árabe muy depurada. Angie visitó las tiendas que tenían abiertas Dior, Ted Lapidus y Balenciaga; y yo encargué varios trajes en las mejores sastrerías de la ciudad, Eumenio Díez y Ortiz. En esta última, mientras elegía telas, sentí un escalofrío ante un marroquí de aspecto siniestro a quien estaban probando un traje de montar: era el general Ufkir, con la mitad de la cara quemada por un lanzallamas en la guerra de Indochina; sus ojos negros me escrutaron, y pude comprender su éxito con las mujeres pese a aquel aspecto sobrecolector y criminal; si se pudiera abarcar el mal desde una ventana, ¿quién no se asomaría al menos una vez?.

Dos noches después nos disponíamos a cenar en el club privado de la compañía Shell con el barón Testot-Ferry, descendiente del capitán de guardias de la emperatriz Josefina; con el cónsul Welsh, con el conde Arnauld de Roussi y su bella prometida judía, y con el travestido Coccinelle. Justo cuando íbamos a sentarnos a la mesa, oímos carreras y voces y el *maitre* nos anunció que Mohamed V, sultán de Marruecos, acababa de morir, víctima de un tumor que ni los mejores especialistas suizos habían logrado detener. Se invitó a los asistentes a abandonar el local, que empezó a apagar sus luces. En la calle alguien hacía restallar un látigo.

Los franceses se adelantaron para colocarse en el coche del diplomático rumbo a sus villas en Anfa, salvo Coccinelle que, con el vestido de lamé remangado, se perdió por una calle. Nuestro chófer debía recogernos dos horas después y era imposible hablar por teléfono. Optamos por volver andando a nuestro hotel, el Marhaba.

Las calles rectas y con las tiendas cerradas se nos antojaban iguales, y pronto empezaron a llenarse de numerosos marroquíes, unos gritando, lamentándose otros o salmodiando con ese penar monótono que emplean los musulmanes en los duelos. Todos lloraban la muerte de aquel monarca que, hasta obtener la independencia de su país, había sufrido arrestos, exilios y suplantaciones. Pronto fueron multitud, algunos nos miraban con hostilidad, y alguien asió la solapa de mi smoking. Angie se puso histérica, con lo cual llamábamos aún más la atención. La abofeteé con fuerza. En ese preciso momento un tiro al aire, que pareció surgir de un coche negro, despejó la calle. Tras el cristal subido creí reconocer a Ufkir. De un segundo vehículo, con distintivo policial, bajó un agente que nos escoltaría hasta el hotel.

Cuando llegamos al Marhaba, el sentimiento de alivio no me evitó la convicción de que, después de las bofetadas, iba a ser relevado como amante de Angie Livingstone. Me equivocaba: a la mañana siguiente ella estaba de un humor excelente y decidida a retornar a Tánger, donde seguir, con mayor tranquilidad, la proclamación de Hassan II como nuevo rey, un título más europeo que sustituía al de sus antepasados.

Ya en Tánger determinó que yo iba a convertirme en su enésimo marido. Una decisión en la que no contaban ni mi voluntad ni mis intenciones. El dinero hacía que todos acataran sus caprichos y yo, por supuesto, no iba a ser la excepción. La ceremonia civil evitó el consulado americano y se desarrolló en el jardín de la mansión de Barbara Hutton, en un atardecer ocre como el que acababa de pintarle Cruz Herrera. Angie se puso un vestido claro con los puños de brillantes, que no le rejuvenecía pero era chic, y a mí me colocaron una especie de frac veraniego, con la chaqueta corta de color blanco, que denominaban *spencer*. La anfitriona, de negro, llevaba un sombrero de plumas y una porción de las famosas perlas de Baroda, dispersadas por la última maharani en sucesivas subastas. Asistió lo mejor de la colonia, ricos y escritores. Tras la ceremonia, nos sorprendieron con una cena indonesia y, en los brindis, el novelista Paul Bowles dijo unas palabras que encontré no exentas de cierta ironía. Durante toda la noche una orquesta tocó ritmos de jazz y swing y cantó nuestra compatriota April Stevens. Acabamos la velada un reducido grupo, desnudos y sumergidos en una fuente llena de champán, excentricidad más pegajosa que excitante.

Varios días después, tras la resaca, Angie decidió viajar. Embarcamos en el crucero que, procedente de Dakar, se dirigía a Europa. Mi esposa pasó la travesía encerrada en el camarote, pidiendo cócteles *manhattan* que alternaba con sus pastillas para dormir y con otras para espabilarse. Finalmente aprovechamos la escala en Málaga para quedarnos a visitar esa Costa del Sol de la que todos hablaban. Desembarcamos con dos coches, el segundo destinado a varios criados de mi mujer y al equipaje. Málaga me dejó una impresión agri dulce: hermosos edificios rodeados por otros en ruinas o muy deteriorados, y muchos coches antiguos. Almorzamos en una villa situada en un barrio elegante y residencial pero en miniatura, llamado El Limonar. La casa, con unas brillantes tejas de color azul, era de principios de siglo y pertenecía a unos primos lejanos de Angie que, varias generaciones atrás, se habían instalado en la ciudad para hacer negocios. Angie regaló a la hija un bonito broche que multiplicaba el valor de lo que habíamos comido. Después partimos hacia Torremolinos.

Este pueblo era a la vez primitivo y pop, lleno de turistas que, como nosotros, buscaban diversión y abigarramiento. El clima era inmejorable y el hotel junto al mar en el que nos alojamos, llamado Pez Espada, reunía todas las comodidades, en especial un encantador bar inglés que Angie convirtió en su cuartel general.

Por las noches salíamos a cenar con otros huéspedes, algunos ya conocidos por mi esposa en anteriores estancias en Niza, Cap-Ferrat o el lago de Como. Descubríamos pequeños restaurantes en los que se servía un exquisito pescado, y luego acudíamos a bailar o a ver espectáculos de flamenco. Todo el mundo se comportaba de forma desinhibida y lucía atuendos atrevidos y de vivos colores.

La noche de nuestra décima jornada fue particularmente extraña. Según me explicaron en recepción, un cliente, de juerga por la costa, tras emborracharse

había arremetido con su coche contra las vitrinas de varios establecimientos. Detenido por la policía, en medio de un monumental escándalo y sin hacerse entender por nadie, había logrado por fin que un médico lo atendiera y telefonara al Pez Espada dando su nombre. Como resultó ser nada menos que el barón de Rothschild —no me pregunten si de la rama francesa o la británica— una caravana de al menos diez vehículos había salido a toda velocidad del hotel para rescatar al arrestado archimillonario, incluyendo al subdirector, asistentes personales, intérpretes, empleados y espontáneos incorporados de entre la ociosa clientela. El hotel había quedado medio desierto y el resto de los huéspedes comentaba la anécdota, difundida por camareros y botones, ya en los salones, ya en el *beach*.

A las once de la noche preparé un combinado a Angie y la dejé en la habitación. Salí después a beber con un joven amigo español, el conde de Casa Padilla, a quien había conocido en el hotel. Durante toda la noche recorrimos muchos locales: Pedro's, con los sillones tapizados en piel blanca y las botellas reservadas con el nombre de cada cliente; la extravagante discoteca Lali Lali, a la entrada de Torremolinos, y más antros que ya no recuerdo.

Nadie oyó nada en el hotel hasta que, por la mañana, la doncella de mi esposa encontró su cadáver tendido sobre la cama, colgándole la cabeza. El descubrimiento coincidió con el retorno del barón de Rothschild con el médico, doctor Diego Rosado, que había optado por abandonar su puesto de guardia para unirse al séquito, y que sólo pudo certificar la muerte de Angie. Todo el mundo sospechó en el hotel que yo había envenenado a mi mujer, y los demás clientes comenzaron a evitarme en el comedor, en los jardines y en la parrilla.

En Estados Unidos hubieran hecho de aquello un antecedente del caso von Bülow, con interminables interrogatorios y testimonios estúpidos e intrascendentes, o directamente me hubieran condenado como al chulo que, diez años después, descuartizó a Norma Wilson. Pero era España, en plena dictadura y en plena campaña turística. Lo último que interesaba al hotel era que una millonaria muriera envenenada, ya fuera por su marido, ya fuera por una salsa. A la siguiente semana llegaba la exiliada reina Farida de Egipto, acogida con un pasaporte diplomático por el general Franco, y mi esposa, por muy reina de la mostaza que hubiera sido, ya no estaba en condición de dejar propinas. El forense dictaminó infarto de miocardio y el cadáver fue levantado a toda prisa.

No sabía muy bien qué hacer y, a la mañana siguiente, dudando entre el traje de duelo o un lino claro con corbata negra, recibí la noticia de que el féretro y la servidumbre volaban hacia Nueva York por decisión cablegrafiada del Consejo de Administración de la mostaza Livingstone, que había abonado también las facturas del hotel. Aconsejado por alguien, con algún dinero que me quedaba, obtuve un pasaje para mi país, donde esperaba reclamar la parte de herencia que, como viudo, pensaba me correspondía.

La demanda pronto hizo agua: no había inscripción alguna de boda en el consulado americano en Tánger. Los esponsales no habían existido. La secretaria del abogado me dio la sorprendente explicación y me enseñó la puerta. No cabía error: mi matrimonio con Angie Livingstone había sido una farsa, una burla, un divertimento por ella ideado para refrescarse de los calores magrebíes y pasarlo en grande a mi costa. Y a mí, de vuelta a mi modesto apartamento en Chinatown, no me quedó otro remedio que comprar el periódico y contestar un nuevo anuncio. Pero esa historia la contaré en otra ocasión.